

# Desgarro Silente

D. Garcia

Image not found.

## Capítulo 1

La burda esencia del tabaco embebía el ambiente de una calidez efímera; a medida que las cenizas se enroscaban en el aire y el viejo vitral bermejo se empañaba de tizne.

Floridas hiedras otoñales se retorcían al compás de un anticuado disco de vinilo que chirriaba estridente, como quién desgarrar un pizarrón de manera fortuita.

El aleteo discordante de un acervo de mariposas chocaba contra la madera raída de una mesa de trabajo. Todas alineadas en intervalos de tres centímetros. Aleteando suplicantes y desesperadas al desgarrar sus alas entre el frío metal de un puñado de alfileres.

Godric Galia esbozó una sonrisa aunque, más que un gesto voluntario pareció más bien un acto reflejo. Su rostro lucía demasiado joven casi infantil. Lacónico, dejó vagar su mirada azul añil sobre el piso de linóleo. La luz titilaba haciendo bailar las sombras entre los chirriantes acordes invisibles. Un par de juguetes de cuerda avanzaban trastabillando y dándose tumbos contra los bloques desperdigados a lo largo de la habitación.

Cada sonido mezclándose en una cacofonía perfecta. Una baraúnda disidente en donde cada objeto era parte de un todo, igual a un tropel de personas ululando a unísono, desconectadas y entretejidas al mismo tiempo.

Un rayo retumbo diluyendo la habitación entre un haz de luz grisácea. Difuminándola, igual a una ventana que se empaña ante el vaho de un suspiro invernal. Las mariposas aletearon desesperadas, el disco chirrió entremezclándose con los onerosos chillidos del par de juguetes y, el rayo, se convirtió en un grito iracundo, agónico. Ahogado.

Frenético, Godric se revolvió en el lugar tironeando con fuerza de las hiedras que se enroscaban en torno a sus piernas. Solo que estos no eran bejucos, sino cuerdas. Cordeles rojizos como las gotas de sangre que se agolpaba en sus vidriosos ojos teñidos de bermejo.

Rasgando la tapa del ataúd con las uñas desagarrándosele entre cada chirrido, Godric Galia no pudo seguir ignorando el revoloteo continuo de un acopio de mariposas chocando contra el féretro. Deseo ver sus alas desgarrarse, deseo que aquel traqueteo no fuese la tierra colisionando contra la madera raída. Anheló disociarse de la realidad en aquella habitación en donde él tenía el control de cada resonancia ominosa.

Las ratas chillaron dándose tumbos a sus pies. Esos animales pestilentes, inquietos y tan desesperanzados como él, no tardarían en rosar su rostro y regocijarse con el férreo gustillo de su sangre mezclada con sus cerriles lágrimas, rabiosas.

Pero ni todo aquel tormento podía compararse al peor de los castigos, ese que dilapidaba su alma empujándole infame al borde la locura. Y es que, nadie escucharía sus gritos. En cambio Godric, estaba condenado a escuchar el ruin desgarró silente de la muerte acariciando su ataúd.